

PLANTACIONES PREVIAS

LA ARQUEOLOGIA MEDIEVAL EN SORIA. ESTADO DE LA CUESTION

M. RETUERCE VELASCO

PLANTEAMIENTOS PREVIOS

LA ARQUEOLOGIA MEDIEVAL EN SORIA. ESTADO DE LA CUESTION

M. RETUERCE VELASCO

PLANTEAMIENTOS PREVIOS

El título de la ponencia que nos ha sido encomendada: «La Arqueología medieval en Soria. Estado de la cuestión», indica con gran claridad cual ha de ser nuestra labor en ella.

Pensamos que nuestro objetivo debe estar encaminado a ver cómo se ha producido el transcurrir de esta especialidad en la provincia de Soria en los seis años pasados desde el anterior Symposium, celebrado en diciembre de 1982, hasta hoy, 1989.

En aquel I Symposium, por medio de la comunicación de L. Caballero (1984) y de la ponencia desarrollada por J. Zozaya (1984a), se sintetizó toda la información existente hasta aquel año sobre el poblamiento visigodo e islámico en las tierras sorianas, entrando en varias ocasiones en los problemas que habrían de resolver las futuras investigaciones. Por desgracia, en aquella ocasión no se hizo nada parecido en relación con el periodo medieval cristiano, como tampoco ocurrió en la publicación de la Historia de Soria (1985), donde se encuentran exhaustivamente tratados, a nivel arqueológico, los periodos premediavales —desde la Prehistoria hasta el mundo visigodo—, mientras que de la época medieval se ofrece sólo un análisis realizado desde el punto de vista histórico y artístico, carente de referencias arqueológicas. El periodo medieval ha tenido que esperar, precisamente hasta 1989, la elaboración de una síntesis de la investigación de esta época tan vital para la configuración del posterior transcurrir histórico soriano (CASA, 1989), y que casi en su totalidad ha estado siempre centrada en los diversos aspectos del mundo funerario medieval; quedando todos los demás por investigar.

Como preámbulo y antes de entrar en el análisis concreto de la situación de la arqueología medieval en Soria que, adelanto, es, como en la mayoría de las provincias españolas, francamente mala, conviene hacer una serie de breves puntualizaciones sobre el estado de la arqueología medieval en España. Sólo así podremos entender mejor cual es la situación concreta soriana.

En principio, estas puntualizaciones creemos que serían innecesarias si nuestros diferentes organismos oficiales y centros de investigación en este área, estuvieran participando de las líneas y corrientes que en la actualidad se dan en el resto de Europa. Como pensamos que en España, y me remito a las pruebas-realidades

en que más adelante nos detendremos, todavía no hemos llegado a alcanzar el «carro» arqueológico europeo y, por desgracia, ni siquiera parece que este se vislumbre por el tortuoso camino plagado de «curvas» y obstáculos que se interponen entre ambas realidades, es por lo que realizamos esta breve explicación de los fines y posibilidades de la arqueología medieval. Especialidad que hasta hace muy poco tiempo estaba considerada como la «hermana pobre», y generalmente muy despreciada tanto por los historiadores medievalistas que se basan en las fuentes escritas como por los arqueólogos de otros periodos.

La sugerente comunicación del Prof. Chalmeta (1986) realizada en el I Congreso de Arqueología Medieval Española, celebrado en Huesca en 1985, sobre Historia y Arqueología andalusí nos da pie para comenzar planteando el importante problema que nace de la frecuente separación que se da entre estas dos disciplinas, y que creemos es fundamental para entender el porqué la arqueología medieval española ha alcanzado hasta hoy muy poco desarrollo.

Pensamos que no se puede hacer Historia partiendo sólo del estudio de la documentación escrita. La Historia se ha de hacer también usando la infinita documentación que proporciona la cultura material, objeto de la arqueología. Por lo tanto, unos —los hasta ahora comúnmente conocidos como historiadores— y otros —los arqueólogos— somos todos historiadores, mejores o peores según la capacidad y limitaciones de cada uno, pero en definitiva historiadores. La diferencia vendrá marcada por el método que aplicamos para estudiar una documentación diferente. Así la Historia se ha de hacer por dos vías, que no han de ir paralelas sino interrelacionándose entre sí continuamente. Si se me permite la licencia arqueológica y simbólica, formando un «cordón de la eternidad», donde los puntos distantes sean sólo los diferentes métodos —paleografía, numismática, epigrafía, toponimia, técnica arqueológica, etc.— que aplican ambas ciencias, y los puntos de encuentro el cauce por el que se contrastan y se trasvasan a una y otra las investigaciones que se van produciendo. Así, y con palabras del Profesor Chalmeta, «la meta de todos nosotros —por caminos diferentes— es nada más y nada menos que la reconstrucción, lo más exacta y completa posible, de nuestro pasado...».

El periodo medieval es el primero donde la proporción entre la documentación arqueológica y la escrita es más o menos pareja. Si en periodos anteriores la balanza se inclina hacia la arqueológica y en los posteriores hacia la escrita, es durante el medievo en general cuando el fiel de balanza se acerca más al punto medio. Por ello, igual que entendemos que la investigación de época prehistórica sólo use la documentación arqueológica; que en la de época protohistórica siga siendo esta documentación la primordial, apoyándose en las primeras referencias escritas; que la de época clásica se base en la arqueología, adquiriendo ya bastante importancia la escrita; y que en época moderna y contemporánea sea la escrita la que se use fundamentalmente, no entendemos porqué en España, a diferencia de lo que ocurre en el resto de Europa, la investigación histórica medieval se base casi exclusivamente en la documentación escrita.

Por ello el campo de actuación de la arqueología medieval es amplísimo y, sin embargo, escasísimamente «roturado». Así, junto a la muy necesaria y todavía escasa investigación arqueológica sobre aspectos históricos, antropológicos

o culturales no resueltos o insuficientemente explicados mediante la utilización de la documentación escrita, se une la urgentísima tarea de resolver las actuaciones que se hacen en la restauración de edificios o conjuntos urbanos medievales.

En efecto, los continuos trabajos de restauración que se han hecho a lo largo de los últimos años en el patrimonio histórico español apenas han contado con la intervención de arqueólogos medievalistas que pudieran documentarlos. El hecho es grave si se tienen en cuenta que la casi totalidad de las restauraciones han tenido y tienen como objeto un edificio medieval —castillos, iglesias, monasterios, puentes, baños, etc.—, o en conjuntos urbanos, donde las modernas técnicas de construcción acaban con todo vestigio de la historia del lugar en el espacio de muy pocas horas. De este modo, salvo honrosas excepciones, con la absoluta falta de interés por parte de los historiadores del arte y medievalistas, decenas y decenas de edificios medievales no han podido ser documentados arqueológicamente, cuando no destruidos o falseados en su restauración.

Durante mucho tiempo sólo los monumentos anteriores al medievo han sido los que de forma primordial parecían requerir la presencia de arqueólogos en su restauración, y que sólo las ciudades que tenían un importante pasado clásico, salvando alguna feliz excepción, fueran las que primero conocieran el desarrollo continuado de una arqueología urbana en España. Como consecuencia de ello, es en estas ciudades donde se ha documentado mejor el pasado medieval urbano, ya que, como era lógico, por encima del pasado clásico se encontraba el medieval.

Por otro lado, nos preguntamos cuántos restos de época medieval y moderna no han sido destruidos y desechados conscientemente por los propios arqueólogos, precisamente por ser de los periodos postclásicos. Por desprecio o ignorancia, cuando no por las dos cosas a la vez, las tristes anécdotas son infinitas:

Hasta hace muy poco tiempo, en yacimientos o ciudades romanas se tiraba a las escombreras toda la cerámica con vedrío por suponer que era medieval, cuando en realidad se trataba de la escasísima producción romana con esta técnica de acabado —«en el pecado está la penitencia»—. O que, en ciudades como Itálica, con referencias en las fuentes escritas árabes y de donde proceden varios candiles islámicos encontrados en el siglo XVIII, durante las excavaciones arqueológicas modernas «no» se encuentre ningún objeto medieval —según esto, parece como si los candiles sólo hubiesen alumbrado a seres incorpóreos o fantasmas, por no pensar otra cosa—. O que de ciudades romanas, como la portuguesa de Conímbriga, se pueda escribir que no existe un poblamiento medieval, cuando en las propias publicaciones y entre otros hallazgos claramente medievales, encontramos tumbas con el cuerpo colocado en «decúbito lateral derecho» (ALARCÃO & ETIENNE, 1977: pl. XCVI, 5), claro signo de que el difunto pertenecía a una comunidad musulmana. O no se incida más en la ocupación musulmana de la ciudad de Clunia (Prov. de Burgos), según nos dicen las fuentes escritas árabes y nos confirma la propia excavación (PALOL, 1978, fig. 17b), al darse aquí el importante hecho cultural de la coexistencia de tumbas de una comunidad musulmana junto a las de una población cristiana, supuestos visigodos; ello, desde luego, no es nuevo en la Península, como ya señalamos con

anterioridad (RETUERCE & CANTO, 1987: 98) para el caso de la conquesa Segóbriga. O que se siga empleando la pala mecánica en un determinado solar o yacimiento, no como un procedimiento de «catar» el terreno y así valorar su posible importancia científica, sino como un medio de «quitar» esos potentes rellenos de tierras —casi siempre de época medieval y moderna— que «estorban» para dar comienzo la excavación del periodo cronológico que se «busca». Periodo que, por supuesto, es siempre premedieval.

En fin, y para terminar esta relación de desconsideraciones para con nuestro pasado medieval, sólo nos cabe señalar el simple testimonio de la escasa acogida, salvo muy pocas y honradas excepciones, de los frecuentes hallazgos de época medieval en las publicaciones, en principio, no medievales. Ello contrasta con la práctica habitual de los arqueólogos medievalistas que siempre, en todas las excavaciones, recogen todos los testimonios existentes: desde el siglo XX hacia todos los tiempos pretéritos, y desde simples trofeos hípicas de principios del siglo XX hasta la cerámica común del siglo XVI, pasando por los simples restos de soldados combatientes en la Guerra de la Independencia.

La arqueología medieval, por el simple hecho de aplicar la propia definición de arqueología —ciencia que estudia el pasado a través del análisis y la interpretación de la cultura material— al periodo medieval, tiene amplísimos campos de actuación. El hecho de que de toda esta época hayamos heredado bastantes monumentos, piezas y toda clase de objetos en general, hace que con la aplicación del método arqueológico en su estudio —no sólo el puramente artístico— se pueda conocer —en bastantes casos mucho mejor que con tan sólo la documentación escrita— diversos aspectos de la vida económica, social, espiritual y cotidiana, en general, de la Edad Media, que, de otra manera, no se podrían alcanzar o, en todo caso, conocer sólo muy someramente.

Por medio de la escultura, de la pintura al fresco o en tabla, de la arquitectura artística o no, de la carpintería, de las técnicas de albañilería, de la ingeniería, de las técnicas hidráulicas heredadas, de la etnología, de la antropología, etc. podemos llegar a conocer, con más facilidad que en periodos anteriores, cómo era el vivir del hombre medieval. Por tanto, y esto es algo que consideramos muy importante, la arqueología medieval no se ocupa sólo de encontrar los restos existentes en el subsuelo. Tiene también un gran campo en el estudio de todas las construcciones, y en los materiales y objetos que se pueden contemplar sin necesidad de excavar. El secreto es verlos con, recalamos, sentido arqueológico (CABALLERO, 1987).

En la ponencia desarrollada por el Dr. Rosselló (1986) en el Congreso de Huesca se analiza el devenir por el «desierto» de la arqueología medieval española a lo largo de todo el tiempo anterior. Refiriéndose en concreto a la arqueología andalusí, pero que muy bien se podría generalizar a toda la medieval, piensa que «no hemos abandonado el andar a gatas, lo cual es esperanzador, pues aún no hace muchos años apenas avanzábamos a rastras». Igualmente, encuentra inexplicable la marginación oficial que sufre la arqueología medieval por parte de la Universidad española.

A modo de ejemplo, es asombroso que todavía hoy día en determinadas investigaciones universitarias referidas al espacio geográfico medieval no se contemple en el propio terreno la imprescindible confirmación de los datos escritos. Con muy buena voluntad, se podría comprender que se ignoren los datos que aportan los arqueólogos, pues, en definitiva es «gente con mucha inventiva y un poco loca que se pasa el día en el campo»; sin embargo, no podemos entender que estos investigadores escriban sobre poblamiento, fortificaciones, agricultura, etc. de un territorio sin visitarlo y recorrerlo; en definitiva, realizando el trabajo de campo, y sólo se limiten, en el mejor de los casos, a la mera consulta de un más o menos fiable mapa de carreteras. Muchas veces da la impresión de que algunos medievalistas tienen miedo de que el hecho de complementar el trabajo de archivo con el de campo pudiera ser considerado por parte de sus colegas como una especie de contaminación «arqueológica», y por lo tanto algo poco serio.

Hasta hoy día la investigación arqueológica medieval ha sido llevada a cabo casi exclusivamente por la iniciativa individual de personas ligadas a los Museos y, muy recientemente, por algunas personas vinculadas a la Universidad. Sin embargo, oficialmente, la enseñanza y la investigación de la arqueología medieval siguen sin entrar en el C.S.I.C., ni en la Universidad como institución. En este sentido, y en el mejor de los casos, sólo en escasísimas universidades españolas se contempla, con más o menos fortuna, la enseñanza de la arqueología medieval; en otras se mantiene alguna asignatura más o menos relacionada con la materia; y, en unas terceras, que son la mayoría, se ignora totalmente la existencia de este periodo en el que precisamente los alumnos una vez licenciados tendrán uno de los campos de actuación más importante.

Poniéndolo sólo como un ejemplo más de esa falta de interés por la arqueología medieval, nos debemos fijar en el número y proporción de personas relacionadas directamente con la arqueología medieval que forman parte de los llamados Consejos de Arqueología de las Comunidades Autónomas: son escasísimas, por no decir que casi inexistentes. De este modo, en la programación de la investigación arqueológica medieval de cada uno de los territorios, al no existir, o estar en franca minoría, voces propias relacionadas con la arqueología medieval, se dependa del más o menos «buen» criterio que puedan tener los representantes de otras especialidades arqueológicas, lógicamente más interesados por sus propios problemas de investigación.

Por todo ello no es de extrañar que a la investigación arqueológica medieval le falte todavía mucho camino por recorrer para ponerse, en muchos aspectos, a la altura de sus hermanas europeas, cuando, recordemos, la Península y Baleares son los casi únicos territorios europeos donde durante la Edad Media coexisten tres culturas tan importantes como la islámica, la cristiana y la hebrea.

De este modo, a la arqueología medieval española, en lo referido a la arqueología de campo, no es extraño que le falte todavía unos más elaborados planteamientos teóricos de investigación, acompañados de unas estrategias de actuación y de unos métodos de aplicación; del mismo modo que una mayor dedicación al estudio, con metodología arqueológica, del muy diverso y amplio legado

material medieval que poseemos. Por otro lado aún no existe una unificación en el uso de los términos, como tampoco unos mismos criterios en la publicación de los materiales, etc. Todo ello se nota, en mayor o menor medida, en las diferentes publicaciones sobre arqueología medieval.

Sin embargo, y sirva ello como justificada disculpa, se ha de recordar de nuevo que, además de su juventud como especialidad, la mayoría de los trabajos que se hacen en arqueología medieval obedecen a impulsos meramente personales, con frecuencia aislados y con muy poca ayuda institucional, etc., o a trabajos de urgencia, casi siempre de restauración o de arqueología urbana, donde en muy pocas ocasiones se tiene posibilidad de desarrollar una mínima planificación.

LA ARQUEOLOGIA MEDIEVAL EN SORIA: 1982-1989

Como indicamos con anterioridad, durante los siete años transcurridos desde el anterior Symposium las excavaciones o estudios arqueológicos sobre el pasado medieval soriano han sido muy escasos, reflejo, como en otras muchas provincias españolas, de la falta de planes y, en general, del desinterés que normalmente existe por este periodo histórico. Sin embargo, como compensación a este estado de cosas en lo referente a las pocas excavaciones sistemáticas realizadas, las llamadas «excavaciones de urgencia» han aumentado considerablemente en estos últimos años. En este sentido y según la normativa regional de Castilla y León, se ha de ver la presencia de un técnico en arqueología en los Servicios territoriales de Cultura que puede opinar sobre los proyectos de restauración y, con ello, la posibilidad de llevar a cabo actuaciones puntuales.

Si nos detenemos en contemplar las Actas de los dos primeros Congresos de Arqueología Medieval: Huesca (1985) y Madrid (1987) —del III, celebrado en Oviedo todavía no se han hecho públicas—, en principio, el más importante reflejo de las líneas de investigación en el campo de la arqueología medieval en España, podemos ver que los trabajos referidos a Castilla y León y, en concreto, a la provincia de Soria, son escasos.

En el I Congreso, donde la temática era libre y no hubo comité de selección, las comunicaciones referentes a la región castellano-leonesa, fueron diez; suponiendo el 7,3%, del total de 136 trabajos con un encuadre geográfico. De Soria, sólo uno: el escrito, desde un punto de vista estadístico, por C. de la Casa y V. Fernández (1985) sobre las estelas medievales de la provincia.

Si ya la contribución castellano-leonesa y soriana no fue lo bastante destacada en el I Congreso, sobre todo si tenemos en cuenta que su territorio regional es el de mayor extensión de España, todavía empeoró en el II, celebrado en Madrid. A él, con las mismas condiciones del anterior, se presentaron sólo 5 comunicaciones, el 3,3% de los 123 trabajos referidos a un territorio concreto. De Soria,

también sólo uno, igualmente realizado por C. de la Casa, en esta ocasión en colaboración con M. Domenech (1987), sobre los restos de hábitat encontrados en la excavación de la aljama de Agreda.

Las excavaciones sistemáticas sólo se han mantenido en cuatro lugares: tres de carácter urbano (Agreda, Soria y Medinaceli), y uno rural (en el entorno de la Iglesia de Santa M.^a de Tiermes).

Como resultado de las excavaciones realizadas en la ciudad del Queiles, hemos podido conocer diversos trabajos. El principal de ellos trata de los hallazgos producidos en la necrópolis en torno a la iglesia de San Juan Bautista, excavada en 1979 (CASA, TERES & DOMENECH, 1985). Muy bien estructurado, en él se nos hacen unas completas descripciones de los marcos geográfico e histórico de esta importante ciudad castellana, con un destacado papel en época medieval, tanto en el periodo andalusí como en los momentos en que es la población más fronteriza con Aragón. Después de la descripción de la iglesia, los autores entran en los pormenores de la excavación, derivada, como ocurre tan frecuentemente, de unas obras de remodelación urbanística —afortunadamente en este caso, lo cual no suele ser muy normal, se avisó con rapidez del hallazgo—. Los enterramientos excavados en la propia roca presentan una tipología bastante variada, desde el tipo «antropomorfo» hasta el de «bañera», pasando por la mera deposición del difunto sobre el pavimento. Entre los materiales encontrados, destacan los ejemplos de cerámica mudéjar, sobresaliendo los ejemplos pintados. Como apéndices, se presentan los trabajos sobre los restos óseos, y sobre los tejidos y cueros encontrados en el interior de las tumbas. Este último, constituye uno de los escasos estudios referidos al tema, pues los ejemplos que nos llegan son muy escasos. Si algún «pero» podemos hacer a esta completa memoria es el de que, acompañando a tan buenos dibujos, no se hubiera presentado una más completa descripción de la cerámica. Estos ejemplos, de la tan desconocida y no valorada cerámica mudéjar castellana, lo habrían merecido.

También sobre Agreda trata el único trabajo referido a la provincia de Soria presentado en el II Congreso de Arqueología Medieval. En él, C. de la Casa y M. Doménech (1987) informaron de los resultados obtenidos en la excavación realizada junto a la puerta islámica de «El Cementerio». Entre los hallazgos destacó un fragmento de cerámica mudéjar con inscripción en árabe (CASA & DOMENECH, 1984).

De las actuaciones en los otros dos núcleos urbanos: Soria y Medinaceli, poco podemos decir, pues los trabajos son muy recientes y los resultados aún no han sido dados a conocer. Más adelante, en el apartado de excavaciones de urgencia, se hará relación nominal de los lugares concretos donde se intervino.

De la ermita de Santa María de Tiermes, además de lo publicado con anterioridad, en estos años ha salido a la luz el informe preliminar de la décima campaña (1984) (CASA & TERES, 1984) y el catálogo de las monedas hispano-cristianas (CASA, 1984).

Por último, en el apartado referente a las excavaciones programadas y desarrolladas con una cierta continuidad —aunque en este caso interrumpidas desde hace algunos años—, debemos citar las habidas en la fortaleza de Gormaz, el

principal monumento islámico provincial —sin paralelo, nos atreveríamos a decir, en ningún otro lugar del Mediterráneo—. Como un adelanto a la definitiva memoria de excavación, se ha publicado un avance de los resultados (ZOZAYA, 1988a); siendo lástima que, por problemas de la edición, no se incluyera la imprescindible planta del conjunto. En parte, el error ha sido subsanado al ser incluida en un resumen posterior (ZOZAYA, 1989). Igualmente se ha dado a conocer la importante planta del que puede ser uno de los más primitivos testimonios peninsulares de puerta «en codo» (ZOZAYA, 1984b, pág. 665).

Sin embargo, como decíamos con anterioridad, aunque pueda parecer lo contrario por las pocas excavaciones realizadas en el campo de las no urgencias, en determinados aspectos se ha avanzado muchísimo: precisamente en el terreno de las excavaciones llamadas de urgencia. Y ello, sobre todo, a partir de 1985, momento en que se crea la figura del arqueólogo territorial. En la reciente obra colectiva que trata sobre lo realizado en arqueología en la provincia de Soria durante el periodo 1978-1988, y en concreto por el trabajo realizado por J.J. Fernández (1989), arqueólogo territorial de la provincia, vemos que, por suerte para esta, ha existido una especial preocupación por el patrimonio arqueológico medieval. En estos años se han incrementado espectacularmente las intervenciones de urgencia, siendo las medievales el 58% del total. Junto a ello, se ha abierto el abanico de aportaciones, implicando a diez «varillas» financiadoras. A diferencia de otras provincias, en Soria se demuestra que, junto a la imprescindible creación de la figura jurídica, hace falta también algo todavía mucho más importante: la persona que labora. Desde aquí, y en lo que nos concierne, le damos las gracias.

Entre las excavaciones de urgencia y de seguimiento de restauraciones arquitectónicas de época medieval, y esperando la pronta Memoria de cada una de ellas, debemos citar:

- Los diversos solares del casco urbano de Agreda.
- Los silos con material cerámico encontrados en Arenillas.
- Los enterramientos y la galería porticada de la iglesia de San Pedro de Caracena.
- La intervención en la iglesia de la Asunción de Castillejo de Robledo.
- Los enterramientos de la necrópolis de Garay.
- La necrópolis de Montenegro de Cameros.
- Los enterramientos de la ermita de la Asunción, en Muriel de la Fuente.
- La necrópolis visigoda de Noviercas.
- La intervención en la iglesia de Omeñaca.
- Las intervenciones a raíz de la restauración del monasterio de Santa María la Real de Huerta.
- Las intervenciones en el casco urbano de Soria, en concreto: en la Plaza de Abastos, donde se documentó una necrópolis; y en las iglesias de la Soledad, San Juan de Rabanera, San Nicolás y El Espino.
- La intervención en la iglesia parroquial de Tozalmoro.
- La necrópolis del castillo de Berlanga de Duero.

- El seguimiento de la restauración de la iglesia parroquial de Olvega.
- El hallazgo de una posible calzada medieval en Valonsadero.
- La limpieza del entorno de San Juan de Duero, en Soria.
- La intervención en diversas calles y plaza Mayor de Medinaceli.
- La intervención en los trabajos de restauración de la iglesia de San Vicente de Almazán.
- Los descubrimientos realizados en la excavación de la iglesia románica de Andaluz.
- La intervención en la plaza del General Mola de San Esteban de Gormaz.

Como el propio José Javier Fernández (1989) nos dice «la excavación de urgencia es el paso último y nunca deseado, entendiendo con ello que su realización no viene a señalar sino el fracaso de la Administración o el de los medios técnicos, para conservar y mantener el legado histórico que guardan los yacimientos arqueológicos, ya que estas intervenciones siempre son traumáticas, acarreado su destrucción física». Por ello mismo, indica que la principal función del arqueólogo provincial es la de prever, mediante el imprescindible instrumento de las cartas arqueológicas comarcales.

Precisamente en este campo, en estos primeros años que tratamos han visto a la luz los meritorios e imprescindibles trabajos referidos a las comarcas de la Tierra de Almazán (REVILLA, 1985) y el Campo de Gómara (BOROBIO, 1985), que forman parte de un señalado proyecto de investigación dirigido por el Dr. Jimeno Martínez. En espera de los restantes y deseados volúmenes que completen el mapa provincial, debemos referirnos al tratamiento que en ellos se hace de la arqueología medieval.

Con lástima, en este aspecto, no nos queda más remedio que ser algo duros: la arqueología medieval es tratada, según muy bien se titula, como un mero apéndice a los restantes periodos. Parece como si aún estuviera plenamente vigente la expresión de «oveja perdida», pronunciada hace ya muchos años por J. Zozaya (1970) en uno de aquellos Congresos Nacionales de Arqueología, donde cuatro «locos» (el Dr. Castillo, el Dr. Rosselló, el Sr. Posac y él mismo) se quedaban solos ante la comunidad científica arqueológica cuando se llegaba al medieval. Pensamos que han pasado muchos años para que esta actitud para con la arqueología medieval, por otro lado, tan común en otras provincias —hay que decir que por lo menos en Soria es, si quiera, un apéndice—, se siga manteniendo.

Por ello, sirva esta ponencia para promover la necesaria incorporación de arqueólogos medievalistas —recalcamos a propósito la calificación de medievalistas—, a los equipos que en ésta y otras provincias se ocupan de la realización, no solo de las cartas arqueológicas, sino también de las propias excavaciones.

Pensamos que ya va siendo tiempo de que, igual que es impensable que un medievalista dirija la excavación de un yacimiento paleolítico, neolítico o clásico, por poner unos significativos ejemplos, debería ser norma que las excavaciones de cronología medieval estén dirigidas por personas especializadas en el medievo o, por lo menos, que en los equipos participen arqueólogos medievalistas.

Se nos podrá decir que todos los arqueólogos emplean el mismo método arqueológico y que, por tanto, ello no es necesario. Pensamos que cada época requiere sus especialistas y sus métodos. Las técnicas podrán ser parecidas en algunos casos, pero, aparte de que no es lo mismo la excavación de un yacimiento paleolítico que la de uno romano o medieval, se necesitan también, y ello es bastante importante, buenos conocimientos históricos de cada periodo, saber interpretar las fuentes escritas, etc. En definitiva, ser arqueólogo-historiador medievalista.

Sinceramente, si algún arqueólogo de medieval pidiera permiso para excavar en Torralba, etc., ¿se le daría la autorización? Por supuesto que no. Pues esto mismo pedimos: la misma reciprocidad. De esta forma no tendríamos que ver excavaciones de romano o medieval, realizadas por flamantes licenciados en Prehistoria o Arqueología —en teoría, los técnicos arqueólogos más profesionales, pues poseen dicho título— donde se plantean cinco cuadrículas de 1,5 m. x 1,5 m., con testigos de dos metros, para alcanzar los cinco metros de profundidad y emitir un informe donde se afirme que ¡todos los estratos están revueltos! —normal, si hace como se hizo, y sobre todo cuando por pura «mala suerte» aparecen muros colocados en diagonal, etc. No se preocupen..., el ejemplo no es soriano—; o leer que en tal o cual yacimiento aparece «cerámica vidriada medieval y moderna», como tan frecuentemente vemos. Escribir esto es como decir que en tal yacimiento aparece, sin más añadidos, «cerámica romana». ¿Puede ser ello admisible en una publicación científica? Sencillamente, no.

Por todo ello nos debemos aplicar en solucionar el problema en cuanto a las excavaciones de medieval, empezando, por lo pronto, por la concepción que se tiene en la Universidad de la arqueología, en general, y, en concreto, de la medieval. Sobre ello volveremos posteriormente. Han pasado muchos años y nuestra especialidad ha avanzado tanto en la última década que en muchos aspectos, y sin aplicar métodos físicos, químicos, etc., se pueden afinar las cronologías con solo errores de muy pocas décadas o años.

Tras este necesario inciso metodológico y pasando a otro punto, el referido a los trabajos no directamente relacionados con excavaciones arqueológicas, es importante que citemos los diversos trabajos sobre algunos aspectos del poblamiento. En concreto, y en lo que respecta al del periodo visigodo, A. Alonso (1984) ha completado en ciertos aspectos, incluyendo la relación de los materiales encontrados en cada uno de los lugares, los mapas publicados por L. Caballero (1984) en el I Symposium, y el incluido en la Historia de Soria (1985).

También en relación con el poblamiento, está el tema de las vías de comunicaciones. Dentro de este campo, y en concreto para con la etapa islámica, los trabajos son varios, incidentes todos ellos en los bastantes ejemplos de torres y atalayas todavía más o menos en pie. Zozaya (1988b), desde un planteamiento teórico y globalizador, tomando como base algunos ejemplos sorianos, propone una serie de presupuestos a considerar en cuanto al estudio de la centralizada red defensiva andalusí, perfectamente estructurada en sistemas y subsistemas basados en una gran jerarquización e interdependencia de los núcleos, mayores y menores, que la componían, y que, en definitiva, constituían la base del poblamiento islámico peninsular. En cada una de las regiones de al-Andalus, y según las circunstancias concretas —económicas, políticas, étnicas, sociales, geográficas,

etc.—, la red se organizaría resaltando la función de alguno de los núcleos del esquema de poblamiento mencionado: ciudades, castillos, torres con guarnición, atalayas, etc.

A uno de estos subsistemas de la red de comunicaciones de la Frontera Media —camino entre Medinaceli y San Esteban de Gormaz—, donde las circunstancias geográficas y tácticas resaltan la función que en determinados trayectos adquieren las atalayas, es al que se refieren, en un documentado trabajo, Llull, Huete y Molina (1987). Además de descubrir importantes ejemplos de atalayas hasta el momento no documentadas, nos describen uno a uno cada uno de los jalones que marcaban este importante camino estratégico de al-Andalus, frontera a Castilla.

Sobre el mismo camino, aunque con unos supuestos diferentes, incidirán Caballero & Mateo-Sagasta (1988). En base a la tesis de que desde Medinaceli hasta San Esteban de Gormaz no existe una red lineal organizada de puntos visibles entre sí, plantean una serie de hipótesis de ocupación del territorio en época islámica.

En este sentido y apuntando la realidad expuesta por Llull, Huete y Molina (1987), debemos recordar, que además de ser visibles entre sí muchas de las atalayas, el hecho de que desde antiguo existan instrumentos de señales, ópticos y de fuego, hace que no sea imprescindible el que dos puntos sean visibles entre sí directamente. Además, la red no está sólo constituida por las atalayas. Junto a ellas, existen fortalezas (Gormaz) y poblaciones de mayor o menor importancia (Berlanga, Alcolea, Barahona, Mezquetillas, etc., donde la presencia islámica está suficientemente atestiguada por las fuentes escritas, los restos de construcciones y el hallazgo de cerámica.

Completando el panorama sobre el poblamiento islámico soriano hay que resaltar el trabajo sobre el importante enclave de San Esteban de Gormaz (GARCIA, 1989), donde, además de aportar interesantes datos sobre su recinto amurallado, se presenta por vez primera el plano del conjunto urbano medieval.

Entrando en otros tipos de trabajos arqueológicos, como es el del estudio de materiales guardados de antiguo en colecciones o museos, se tiene el de la catalogación realizada por Casanovas y Ripoll (1983) sobre los ajuares de la necrópolis judía de Deza. Dentro de este necesario y poco gratificante trabajo, cual es el estudio de materiales antiguos extraídos por otras personas, es lástima que en él no se hayan analizado las inscripciones hebreas de los anillos y la ausencia de escalas gráficas en los dibujos de materiales.

Sobre aspectos tan importantes como la toponimia sólo contamos con la aportación de C. Alvarez (1984) sobre la toponimia menor de los alrededores de Tiermes, a partir de documentación de 1752 y el trabajo de G. García (1983) acerca de tres topónimos reflejados en el Poema del Mio Cid.

De interés y muy sugerente es el pequeño trabajo de E. Ruiz (1987) sobre la localización de los molinos sorianos. Aunque muchos de ellos son de construcción no medieval, estamos seguros que una investigación de todos y cada uno de ellos, podría darnos bastantes sorpresas sobre sus raíces.

Con respecto al mundo funerario cristiano, ha sido fundamental el libro sobre las estelas medievales sorianas de C. de la Casa y M. Domenech (1983).

Como investigaciones no estrictamente arqueológicas pero que inciden, de una u otra forma, en aspectos de interés arqueológico hay que citar las que tratan sobre monumentos religiosos medievales: el estudio de la iglesia de San Nicolás, en Soria, con importantes fragmentos de su estructura y decoración repartidos por otros lugares de la misma ciudad (RUIZ, 1983); el de la ermita de Garra (QUIÑONES, 1983); el de la iglesia de Fuensaúco (QUIÑONES, 1985); el de la iglesia de San Esteban de Alcozar (ORTEGO, 1985); y el de la iglesia de Alpanseque (MARQUEZ, 1986).

Ya sobre aspectos parciales relativos a la simbología y decoración de estas iglesias románicas, están las investigaciones sobre los tímpanos de distintas iglesias sorianas (RUIZ, 1985), y los dedicados a monumentos concretos: los existentes en la iglesia rural de Omeñaca (QUIÑONES, 1984) y los de la de Tozalmo (SAINZ, 1984). Y para finalizar, el dedicado a la escultura de la ermita de Santa María de Tiermes (PALOMERO, 1987).

FUTURO DE LA ARQUEOLOGIA MEDIEVAL SORIANA

Una vez visto lo realizado en estos seis últimos años, nos detendremos en proponer algunas de las muchas líneas de investigación que se podrían desarrollar en la provincia de Soria.

En primer lugar la investigación sobre el poblamiento y organización del espacio provincial en cada una de las etapas medievales. Para ello, y en primer lugar, como se dijo con anterioridad, serían imprescindibles las prospecciones sistemáticas.

Igual que sucede en el resto de España, el estudio del poblamiento en época visigoda se ha basado sólo en las excavaciones de necrópolis, en algunas iglesias o en los hallazgos más o menos casuales de objetos de orfebrería. A veces parece como si la población de todo este periodo sólo se hubiera «muerto». Sinceramente, pensamos que antes de morir, muchos o pocos años, habrán vivido para, por lo menos, haber orado en esas iglesias. Si en ello estamos todos de acuerdo, que creemos que sí, nos preguntamos: ¿dónde están las investigaciones referidas a los poblados o sus cerámicas; en definitiva, sobre su «vivir»? Pocas existen. Afortunadamente, en algunas provincias vecinas a Soria (Ávila, Madrid, Cuenca, Salamanca, etc.) este panorama está empezando a cambiar, y ya se empiezan, si no con gran profusión, a excavar algunos poblados estudiando los materiales cerámicos, la trama de los asentamientos, la organización del microespacio, etc.

Del periodo islámico, convendría que se reiniciasen las investigaciones, emprendidas en los años 1924 y 1925 por J.R. Mélida (1926), en la llamada «Villavieja» de Medinaceli, capital que fue, desplazando en un determinado momento a Toledo, de toda la Marca Media andalusí. La mayor y más importante ciudad islámica de toda la región debería conocer alguna mayor preocupación por parte de los investigadores. Junto a esta línea de investigación, deben proseguir o iniciarse,

en la mayoría de los casos, los trabajos de los otros núcleos islámicos: Agreda, Gormaz, «Castro Moros» (San Esteban de Gormaz), Numancia, Barahona, Alcuilla de las Peñas, Gómara, etc.

Como antes dijimos del periodo visigodo, la investigación sobre la Soria cristiana parece que sólo se ha centrado, ya desde los tiempos del Dr. Castillo, en el mundo funerario. Pensamos que en este terreno habría que hacer un fuerte hincapié en el estudio del poblamiento. Las fuentes escritas que podrían ayudar a esta provechosa y variada tarea son muchas. La documentación que aportan los distintos censos y descripciones (Alfonso X, Felipe II, Descripción de Fernando Colón, Marqués de la Ensenada, Tomás López, Madoz, etc.) y los trabajos de Don Julio González (1974), E. Jimeno (1958), V. Higes o García de Diego (1959) son un suficiente e importante aporte para dar inicio a trabajos de campo y prospección. A partir de ellos se podrían llenar las lagunas arqueológicas de la que adolecen, —no por falta precisamente de este investigador sino por parte de los propios arqueólogos—, estudios tan excelentes como el emprendido por L.M. Villar (1986) en las otras tres provincias de la Extremadura castellana, u obras más generales como es la síntesis dirigida por García de Cortazar (1985) sobre la organización social del espacio en la Corona de Castilla.

En este sentido, la altísima cifra de 361 deshabitados documentados en la Provincia de Soria recogidos por G. Martínez (1983, 1987), merecen y exigen un profundo estudio arqueológico. Dichas prospecciones vendrían a confirmar o no la adscripción cronológica medieval dada por este autor, además de descubrir poblados de los que no ha quedado siquiera una mera cita en los documentos escritos.

Dentro de los deshabitados, es necesario que se prosigan trabajos como el iniciado hace ya bastantes años por Reyna Pastor (1965), con el ejemplo de Masegoso. Con posterioridad a ella, nadie ha seguido esta línea de prometedora investigación arqueológica.

Otra línea de investigación, muy relacionada por otro lado con la del poblamiento, es la del estudio de los sistemas y técnicas de explotación del terreno: los regadíos, los molinos, las áreas económicas de las aldeas y pueblos, etc.

En el terreno de las comunicaciones, sería conveniente que se estudiaran los bastantes ejemplos de caminos, vados y puentes medievales existentes. Entre estos últimos, no sólo los grandes monumentos del Duero, sino también los que cruzan los pequeños ríos y arroyos.

Por otro lado, es urgente la documentación en planta y alzado de todas las fortalezas, castillos, murallas, iglesias, monasterios, puentes, molinos, etc.; y en general, de toda construcción civil, militar y religiosa que ha llegado más o menos íntegra hasta nosotros. La labor es difícil y lenta, pero es necesario empezar. Insistiendo en el tema de las fortificaciones y ya que la provincia de Soria fue durante mucho tiempo tierra fronteriza —tanto en la Alta Edad Media, entre al-Andalus y los reinos cristianos, como en la Baja, entre Castilla y Aragón— sería un no nuevo campo de investigación donde los frutos pueden ser prometedores.

En cuanto a los materiales muebles, es urgente la realización de estudios que pongan al día las cerámicas, armas, vidrios, monedas, etc. A los ejemplares encontrados en Medinaceli, Gormaz, Tiermes, que están en proceso de estudio, habría que añadir los fondos existentes en colecciones y Museos.

Pensamos que el iniciar el estudio de estos, y otros muchos temas que ni siquiera hemos mencionado, referidos a posibles líneas de investigación en arqueología medieval podría ir cambiando el panorama de la arqueología medieval soriana.

Por último y para terminar, y ya a un nivel más general, queremos desde aquí llamar de nuevo la atención sobre la urgente incorporación de la arqueología medieval a los planes de estudio de la Universidad española como parte fundamental, y al mismo nivel que la Paleografía, en la especialidad de Historia Medieval. Pensamos que sólo así, como una disciplina totalmente integrada dentro de la especialidad, dejaran de tener por completo vigencia las palabras de Sánchez Albornoz (1972-5): «Los arqueólogos suelen desdeñar en exceso los datos de la toponimia y de la lingüística y los filólogos no prestan atención exhaustiva a los hallazgos que la arqueología procura. Y ni unos ni otros suelen pararse a juzgar los frutos de sus estudios a la luz de la lógica reflexión histórica y no interrogan a las estructuras sociales que pudieran crear las culturas estudiadas».

BIBLIOGRAFIA

- ALARCÃO, J. & ETIENNE, R. (1977): Fouilles de Conimbriga, I. L'Architecture. París.
- ALONSO, A. (1984): «La visigotización de la Provincia de Soria». *Celtiberia*, 68, págs. 181-206.
- ALVAREZ, C. (1984): «Topónimos del despoblado de Santa María de Tiermes. 1752». *CELTIBERIA*, 67, págs. 137-142.
- BOROBIO, M.J. (1985): Carta arqueológica de Soria. Campo de Gómara. Soria.
- CABALLERO, L. (1984): «Arqueología tardorromana y visigoda en la Provincia de Soria». I, S.A.S., 1983, págs. 433-458. Soria, 1984.
- CABALLERO, L. (1987): «El método arqueológico en la comprensión del edificio (sustrato y estructura)». Curso de mecánica y tecnología de los edificios antiguos. Colegio Oficial de Arquitectos de Madrid, págs. 13-58. Madrid.
- CABALLERO, L. & MATEO-SAGASTA, A. (1988): «Atalayas musulmanas en la provincia de Soria». *AREVACON*, 14, págs. 9-15.
- CASA, C. de la (1984): «Moneda medieval hispano-cristiana en Tiermes». *G.N.*, 74-75, III-IV, págs. 177-197.
- CASA, C. de la (1989): «Arqueología de los Reinos Cristianos en Soria. Últimas investigaciones». En: 10 A.A.S. págs. 113-118.
- CASA, C. de la & DOMENECH, M. (1983): Estelas medievales de la provincia de Soria. Soria.
- CASA, C. de la & DOMENECH, M. (1984): «Inscripción árabe en un cuenco procedente de Agreda. Soria». *Celtiberia*, 68, págs. 319-328.
- CASA, C. de la & DOMENECH, M. (1987): «Restos de habitat en la aljama de Agreda». II C.A.M.E. Madrid. Tomo III, págs. 349-356. Madrid, 1987.
- CASA, C. de la & FERNANDEZ, V. (1986): «Estudio estadístico multivariante de las estelas medievales de Soria». I C.A.M.E. Huesca, 1985. Tomo V, págs. 321-331. Zaragoza, 1986.
- CASA, C. de la & TERES, E. (1984): «Ermita románica de Tiermes». En: «Excavaciones arqueológicas de Tiermes. Informes preliminares de la décima campaña (1984)». *Celtiberia*, 68, págs. 294-299.
- CASA, C. de la TERES, E. & DOMENECH, M. (1985): «Agreda Medieval I». *N.A.H.*, 26, págs. 215-331.
- CASANOVAS, J. & RIPOLL, O. (1983): «Catálogo de los materiales aparecidos en la necrópolis judaica de Deza (Soria)». *CELTIBERIA*, 65, págs. 135-148.
- CHALMETA, P. (1986): «Historia y arqueología andalusí». I C.A.M.E. Huesca, 1985. Tomo III, págs. 27-35. Zaragoza.
- FERNANDEZ, J.J. (1989): «Arqueología territorial: Hacia una coordinación de la arqueología provincial. En: 10 A.A.S. págs. 119-130.

GARCIA, F. (1989): «Fortificaciones en San Esteban». Programa de Fiestas Patronales de San Esteban de Gormaz. Año 1989.

GARCIA, G. (1983): «El Cid en el Valle Alto del Duero. La ruta de Corpes. En busca de Griza, Alamos y Elfa». CELTIBERIA, 66.

GARCIA de CORTAZAR, J.A. et alii (1985): «Organización social del espacio en la España Medieval. La Corona de Castilla en los siglos VIII a XV. Barcelona.

GARCIA de DIEGO, R. (1959): Sobre topónimos sorianos y su historia, I. *Celtiberia*, 17, págs. 89-112; II. *Celtiberia*, 18, págs. 171-193.

GONZALEZ, J. (1974): «La Extremadura castellana al mediar el siglo XIII». HISPANIA, 127, págs. 265-424.

JIMENO, E. (1958): «La población de Soria y su término en 1270». B.R.A.H., CXLII, págs. 207-274 y 367-494.

LLULL, P. HUETE, M. & MOLINA, F. (1987): «Un itinerario musulmán de ataque a la frontera castellana en el siglo X: fortalezas, castillos y atalayas entre Medinaceli y San Esteban de Gormaz». C.E., 93, págs. 3-14.

MARQUEZ, J.A. (1986): «Nueva aportación al románico soriano: la iglesia de Alpanseque». CELTIBERIA, 72, págs. 357-364.

MARTINEZ, G. (1983): Las Comunidades de Villa y Tierra de la extremadura castellana. Madrid.

MARTINEZ, G. (1987): Pueblos y alfores burgaleses de la Repoblación. Valladolid.

MELIDA, J.R. (1926): Ocilis (Medinaceli). Memoria de las excavaciones practicadas en 1924-1925. M.J.S.E.A., 82.

ORTEGO, T. (1985): «Alcozar, la iglesia de San Esteban. Ruina histórica-artística de la villa». CELTIBERIA, 70, págs. 331-338.

PALOL, P. de (1978): Guía de Clunia. 4ª Ed. Valladolid.

PALOMERO, F. (1987): «Aproximación a la escultura monumental románica de la ermita de Santa María de Tiermes». CELTIBERIA, 73, págs. 127-153.

PASTOR, R. (1965): «Una contribución de aerofotointerpretación al estudio de los pueblos abandonados. Masegoso: aldea de la tierra soriana». C.H.E., XLI-XLII, págs. 325-335.

QUÍÑONES, A.M.^a (1983): «Ermita de los Mártires de Garay». CELTIBERIA, 66, págs. 217-232.

QUÍÑONES, A.M.^a (1984): «Estudio arquitectónico e iconográfico del pórtico de la iglesia de Omeñaca». CELTIBERIA, 68, págs. 207-220.

QUÍÑONES, A.M.^a (1985): «La iglesia de Fuensauco». CELTIBERIA, 70, págs. 253-263.

RETUERCE, M. & CANTO, A. (1987): «Apuntes sobre la cerámica emiral a partir de dos piezas fechadas por monedas». II C.A.M.E. Madrid. Tomo III, págs. 93-104. Madrid, 1987.

REVILLA, M.^a L. (1985): Carta arqueológica de Soria. Tierra de Almazán.

ROSELLO, G. (1986): «Islam andalusí e investigación arqueológica. Estado de la cuestión». I C.A.M.E. Huesca, 1985, t. III, págs. 7-24. Zaragoza.

RUIZ, E. (1987): «Teoría y práctica de la localización de molinos en Soria». CELTIBERIA, 74, págs. 309-325.

RUIZ, J.J. (1983): «San Nicolás. Ensayo de reconstrucción histórico-artística». CELTIBERIA, 65.

RUIZ, J.J. (1985): «Los tímpanos románicos sorianos». CELTIBERIA, 69, págs. 35-53.

SAINZ, E. (1984): «Los tímpanos de la iglesia de Tozalmoro: reflejo ruralizado de los tímpanos de la ciudad de Soria». CELTIBERIA, 68.

SANCHEZ ALBORNOZ, C. (1972-5): Orígenes de la Nación española. El Reino de Asturias. 3 Tomos. Oviedo.

VILLAR, L.M. (1986): La Extremadura castellano-leonesa. Guerreros, clérigos, campesinos (711-1252). Valladolid.

ZOZAYA, J. (1970): «Problemática de la arqueología medieval posterior al siglo VIII en España». XI C.N.A. págs. 846-849.

ZOZAYA, J. (1984a): «El proceso de islamización en la Provincia de Soria». I S.A.S., 1983, págs. 481-496. Soria, 1984.

ZOZAYA, J. (1984b): «Islamic fortifications in Spain: some aspects». En: Papers in Iberian Archaeology. B.A.R. International Series, 193, págs. 636-673.

ZOZAYA, J. (1988a): «Evolución de un yacimiento: el castillo de Gormaz (Soria)». En: CASTRUM, 3, págs. 173-178.

ZOZAYA, J. (1988b): «De torres y otras defensas». AREVACON, 14, págs. 6-8.

ZOZAYA, J. (1989): «Gormaz, síntesis de arqueología soriana». En: 10 A.A.S. págs. 107-112.

ABREVIATURAS

- B.A.R.H.: Boletín de la Real Academia de la Historia.
 C.A.M.E.: Congreso de Arqueología Medieval Española.
 CASTRUM 3: CASTRUM 3. Guerre, fortification et habitat dans le monde méditerranéen au moyen âge.
 C.E.: Castillos de España.
 C.N.A.: Congreso Nacional de Arqueología.
 G.N.: Gaceta Numismática.
 M.J.S.E.A.: Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades.
 N.A.H.: Noticiario Arqueológico Hispánico.
 S.A.S.: Symposium de Arqueología Soriana.
 10 A.A.S.: 10 Años de Arqueología Soriana (1978-1988).